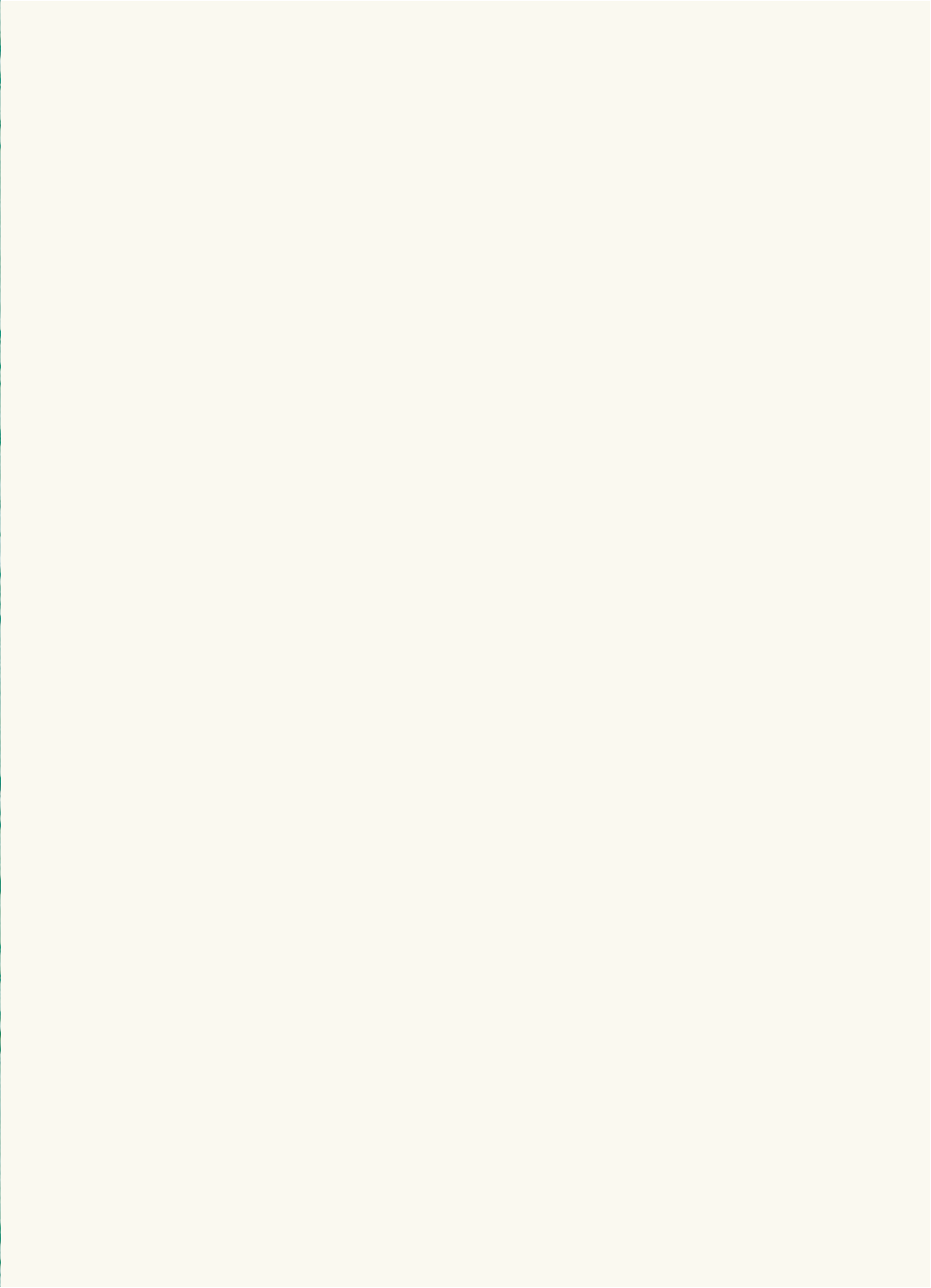


DEJAME QUE TE CUENTE

Cristina Costanzo



DEJAME QUE TE CUENTE

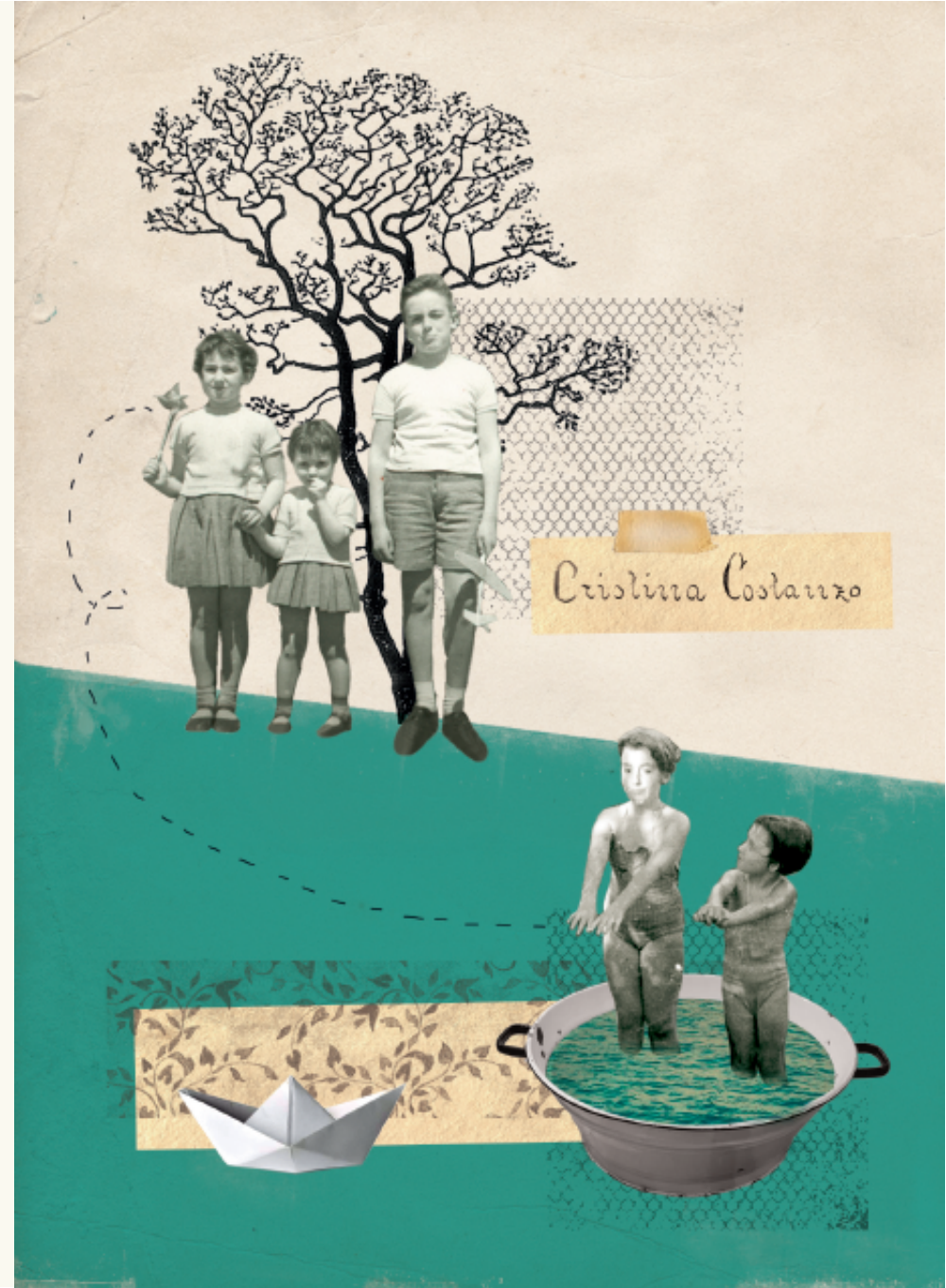
Cristina Costanzo



*«Hay pocas cosas
tan ensordecedoras
como el silencio»*

Mario Benedetti

La mañana soleada del 12 de agosto de 1951, Oscar y Ángela Costanzo vieron nacer a su segunda hija. La llamaron Cristina. Cristina Noemí Costanzo. Cinco años más tarde, ya completa la familia con el nacimiento de Patricia, se mudaron a una casa en la calle Cochabamba entre Italia y Dorrego. Era una casa entrañable, con un amplio jardín al fondo, escaleritas que conectaban los desniveles de los ambientes en su interior y hasta un espacioso sótano. Un lugar ideal para los tres hermanos, siempre muy entretenidos con juegos que, para mal de las abuelas (quienes por esos años vivían con ellos), perturbaban el silencio en las horas de la siesta. Eran muy unidos, y Cristina, si bien era la del medio, se ocupaba casi maternalmente de los otros dos. Afortunadamente, diríase que nada les faltó en su crianza, ya que la familia vivía de los ingresos que les dejaba un próspero negocio en el que todos colaboraban: una pinturería en calle San Martín.



Cristina completó la escuela primaria en el Colegio Americano de avenida Pellegrini, siguiendo los pasos de su hermano mayor, Oscar (llamado como su padre). Allí ya revelaba una personalidad risueña y vivaz, que la hacía siempre partícipe de todo tipo de actos escolares.

Nuevamente tras los pasos de Oscar, se preparó para rendir el examen de ingreso al nivel secundario en la Escuela Superior de Comercio. Para orgullo y dicha de toda la familia, aprobó. Y en 1965 empezó a cursar en el turno de la tarde. Junto con ella había ingresado el primo Carlos Moral, cuyo padre (hermano de Ángela) era profesor de contabilidad en la escuela.

En esos años, Cristina forjó amistades que la acompañarían por largo tiempo. No todas las materias le interesaban; era el caso de lengua y literatura, que aun así estudiaba a regañadientes para no llevársela a diciembre. Era una chiquilina que sabía ser seria cuando tenía que serlo.

Agradables recuerdos dejó el paso de Cristina en los compañeros del Superior: con un afán innato y puro de brindarse a los otros, constantemente abría generosa las puertas de su hogar a sus amigos, o bien los invitaba a tomar una gaseosa por el centro, y así parecía disfrutar todo momento en compañía de ellos. Se divertían en el sótano de la casa, conversando y bailando, chicos y chicas, mientras su mamá Angelita los proveía de gaseosas y todo género de atenciones. También salían al cine. En los veranos concurría a la pileta del club Gimnasia y Esgrima, del cual los hermanos eran socios, dada la proximidad de la casa familiar con el parque de la Independencia.

Corría el año 1969 y los alumnos de quinto año del Superior comenzaron a gestionar actividades para recaudar dinero para el viaje de fin de curso. Asados, asaltos, rifas y tantas cosas más. Esta efervescencia de una Cristina adolescente se sumaba a su creciente interés de participación política; concretamente por esos años, en el

Escuela Superior de Bouenno



Centro de Estudiantes del Superior. El contexto social de la época difícilmente habría llevado a la personalidad inquieta y solidaria de Cristina por un camino distinto: las calles de la ciudad se agitaban al calor de las movilizaciones obreras y estudiantiles que confluyeron en el Rosaríazo, mientras que toda una generación de jóvenes vivía el despertar de ideales que llevaban a encarar algún programa de lucha.

Entre tanta convulsión social, los egresados realizaron el esperado viaje de fin de curso, con destino a Mendoza, para luego cruzar a Chile. A este viaje también se sumó su primo Carlos Moral con algunos compañeros de curso, que iba al turno mañana. Los primos tenían una estrecha relación; se habían iniciado prácticamente juntos en la militancia.

Cristina prosiguió sus estudios universitarios en la Facultad de Ciencias Económicas, mientras ayudaba a sus padres en la pinturería. Junto

con algunos compañeros, sentó las bases de una agrupación política de estudiantes independientes, que pese a no abreviar aún en algún partido político, evidenciaban una clara impronta ideológica: la denominaron T.E.A. (Tendencia Estudiantil Antiimperialista).

Era una época en la que una Cristina de veintitantos años combinaba el trabajo barrial con sus estudios universitarios. Algunas amistades de la secundaria se fueron diluyendo, y nuevos vínculos la llevaron a integrarse a la Juventud Peronista y luego a Montoneros. Allí pasaron a apodarla *La Petisa*.

Ya en 1975 los acontecimientos políticos se precipitaron vertiginosamente y comenzó a ponerse en marcha desde el Estado un plan sistemático de persecución. El clima social y político se había enrarecido y la violencia crecía en escala: en noviembre de aquel año, el primo de Cristina, Carlos Moral, falleció en un dudoso accidente, lo que significó un golpe muy duro para ella. Se

podía presentir el golpe de Estado que el 24 de marzo de 1976 instauraría la más terrible dictadura que haya sufrido la Argentina, denominada por los golpistas como Proceso de Reorganización Nacional.

Cristina militaba en la agrupación Montoneros. Ya no vivía con sus padres en la casa de calle Cochabamba. Su actividad política permanecía ajena al conocimiento de su familia e incluso de algunos amigos de la secundaria, a los que veía cada vez más espaciadamente. A partir del golpe de Estado debió ingresar en la clandestinidad por su actividad política. Tenía que esconderse, huir, porque la estaban buscando.

Un día de fines de agosto, la patota del comisario Feced, que controlaba el Servicio de Informaciones de la Unidad Regional II de la Policía provincial, fue a la pinturería de calle San Martín: Cristina no estaba. En su lugar, los militares se llevaron a su hermano Oscar, quien fue obligado

a pasar la noche en el centro clandestino de detención que operaba en esa dependencia policial, ubicada frente a la céntrica plaza San Martín. Esa misma noche, los militares allanaron la casa de calle Cochabamba. Tampoco Cristina estaba allí. Tan solo su hermana menor, Patricia, quien se encontraba cuidando de su sobrino Diego, el hijo de apenas un año que Oscar había tenido con su esposa. Estuvieron esperándola a Cristina por un tiempo que para Patricia se hizo eterno. Finalmente se fueron; pero antes, el hombre que dirigía la operación le aseguró a Patricia: «Donde la encuentre a tu hermana, la mato».

Al día siguiente, Cristina fue a visitar a su familia. Ella quiso tranquilizar a Patricia: «No le des importancia, son unos boludos, vos seguí con tus cosas...». Si bien ninguno podía imaginar la atrocidad y la crueldad del plan de eliminación de la dictadura, como luego se conocería, no se podía desatender a la gravedad de los hechos. Sus padres querían que se fuera del país, como haría

al poco tiempo su hermano Oscar con su mujer e hijo. Algunos amigos también le insistían. Pero Cristina no quería irse. Según ella, tenía un rol que cumplir.

Ese fue el último contacto que tuvo con su familia.

El 13 de octubre de ese fatídico año, en cercanías de la intersección de las calles Matienzo y Ocampo, Cristina fue desaparecida. Secuestrada por personal policial junto con uno de sus compañeros, Carlos Pérez Rizzo, fueron trasladados al Servicio de Informaciones. Allí, Cristina fue torturada por sucesivas noches. Pérez Rizzo sobrevivió al accionar represivo y mucho tiempo después reveló en sede judicial que Cristina «valientemente aguantó la tortura, para no “cantar” la casa donde vivía, hasta la hora estipulada por la organización». La casa estaba en calle Vera Mujica y 9 de julio, donde muchos años después sus compañeros pintaron un mural que la recordaba a ella y a Analía Murguiondo.

En la madrugada del domingo 17 de octubre, se ejecutó la sentencia que sin juicio previo alguno ya estaba decidida. Cristina fue conducida junto con seis compañeros rumbo a la localidad cordobesa de Los Surgentes. Un pequeño pueblo rural, de escasos habitantes, donde el silencio de la madrugada fue quebrado por las balas que acribillaron a los siete jóvenes. Al día siguiente los cuerpos fueron encontrados por un lugareño; apilados a un costado del camino, aún tenían los ojos vendados. Sus nombres eran: Cristina Costanzo, María Cristina Márquez, Analía Murguiondo, Daniel Oscar Barjacoba, Sergio Abdo Jalil, Eduardo Felipe Laus y José Antonio Oyarzábal. Todos militantes de la Juventud Peronista y Montoneros. Cristina y Eduardo habían sido compañeros en el Superior de Comercio. Tenían veinticinco años de edad. Ese domingo Ángela Costanzo supo que algo le había pasado a su hija, porque no la había saludado para el Día de la Madre.

Según se supo tiempo después, los cuerpos fueron enterrados en una fosa común en el cementerio San Vicente de Córdoba.

La desaparición de Cristina sumió a la familia Costanzo en una crisis irreversible. La necesidad de encontrarla, o al menos saber algo de ella, llevó a sus padres a vender la pinturería y embarcarse en una búsqueda sin fin, que parió una angustia insuperable: la de buscar, sin saber dónde, la sonrisa desaparecida de Cristina, y soportar el silencio que se adueñó para siempre de la casa de calle Cochabamba.

Ya en tiempos de democracia, como consecuencia de una serie de negligencias de los funcionarios judiciales y policiales involucrados, los restos óseos de los siete jóvenes masacrados en Los Surgentes fueron exhumados e incinerados.

Yo quiero a mamá

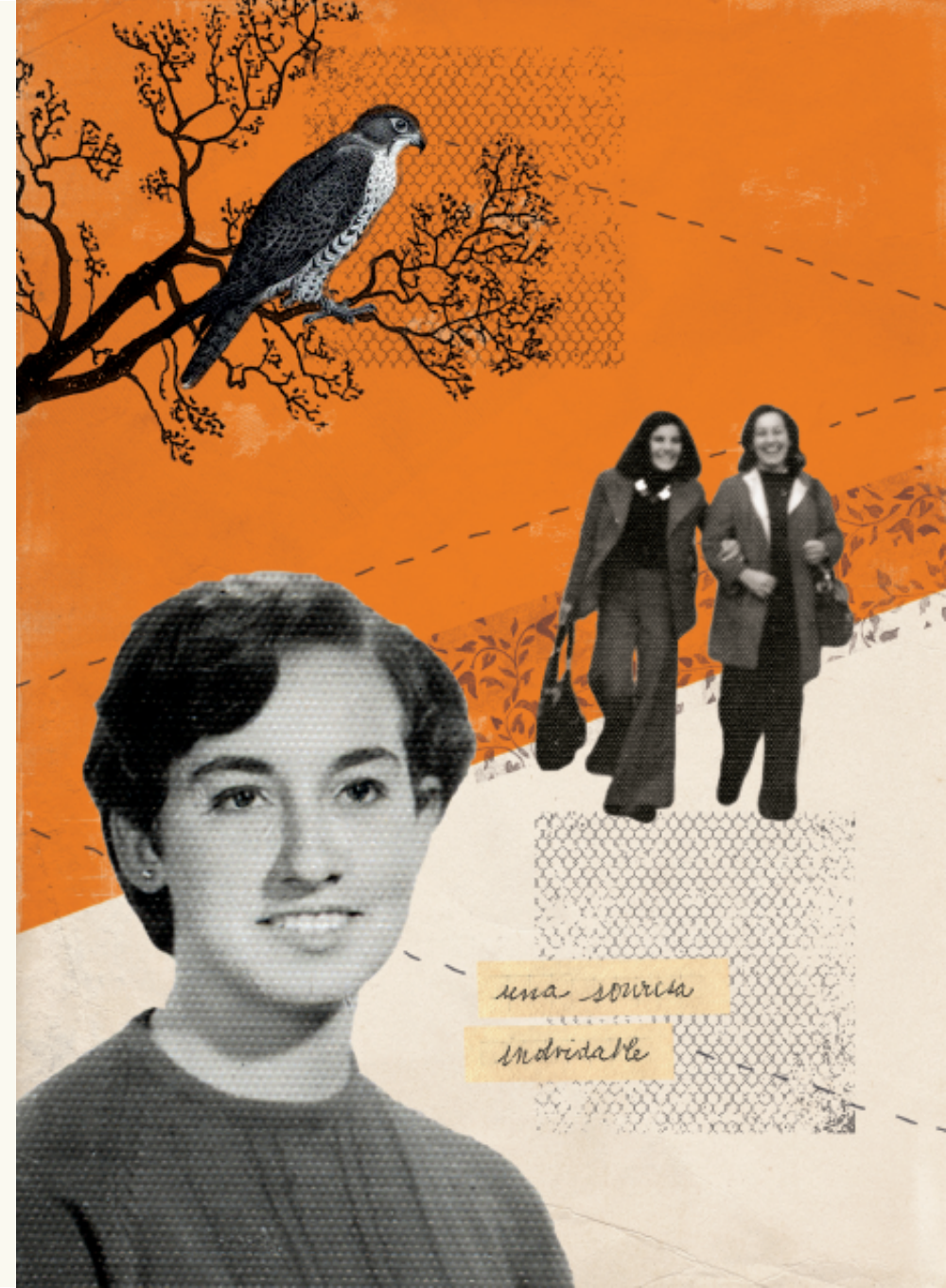
Yo quiero a papá



Ángela, la mamá de Cristina, en su testimonio en el Juicio a las Juntas Militares del año 1985, aseveró «Me devolvieron una urna con un montón de huesos, con un cráneo, que yo le digo era eso porque abrí la urna y había un cráneo, con un mechón de cabello que yo recorté y guardé, eso es; tuve una hija sana, inteligente, hermosa, la detuvieron y me devolvieron un montón de huesos».

Este hallazgo puso fin a la búsqueda, mas no al dolor que hasta el día de hoy provoca la ausencia de Cristina. Una herida abierta en sus hermanos, su madre y sus amigos, aunque unida a la imagen viva e indemne de su persona en la memoria de la ciudad: Cristina trabajando contra la injusticia, haciéndole frente al dolor ajeno, como el ser solidario y generoso que era. También, privada del derecho humano a un debido proceso. Proscripta su palabra. Arrebatada su vida, y con ella, destruidos los sueños de toda una generación.

Quienes la conocieron la recuerdan como estandarte de lo bueno y lo más puro de su generación. La sonrisa de Cristina ahuyentaba lo malo del mundo como con una franca canción de alegría; y aunque ella no esté para entonar esa maravillosa música, su guitarra, intacta y muda, colgada en el silencio de la casa de su mamá, allí espera.





Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Manuel Ventureira

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



